

LAS RAICES INTERNACIONALES DE LA CRISIS

EL COMPONENTE ENERGETICO

Nuestro siglo constituye una época de consumo creciente de energía dado que los modelos de desarrollo han ido elevando continuamente su densidad energética y apoyando ese creciente consumo en un único elemento: el petróleo. Tan sólo en el período 1960-73 el consumo de energía se duplicó en la zona OCDE al tiempo que el porcentaje correspondiente al petróleo en la generación de la misma pasaba del 38,6 % al 53,1 % (1).

Dado que, como es bien sabido, las reservas de ese hidrocarburo están muy desigualmente distribuidas y habida cuenta de que existe una fuerte concentración tanto de la producción (Medio Oriente) como del consumo (OCDE) no es de extrañar que el cartel de los países exportadores de petróleo, organizado desde el año 1960, decidiera, en 1973, imponer su ley en los mercados logrando casi quintuplicar sus precios en menos de un año y habiendo conseguido, hasta el momento, multiplicar por nueve los precios anteriores a la gran crisis energética y hacer temblar al mundo desarrollado cada vez que se reúne para analizar la situación económica internacional y decidir qué nuevos precios debe fijar. ¡No en vano se habla ya de la *opecalipsis!*

A nuestro juicio, todos los análisis que puedan efectuarse sobre el futuro del mercado del petróleo constituyen, hoy por hoy, ejercicios más o menos refinados en la suerte de edulco-

«El pez cogido en la red comienza a reflexionar.» Con esta brillante imagen de un proverbio africano, **Jaime Requeijo** plantea el incierto porvenir de un mundo que atrapado en la trampa de su actual modelo de crecimiento toma conciencia de sus problemas y debe planear con buena dosis de imaginación su salida de la crisis. Tres son los principales factores de la actual depresión para el autor: la brutal alza de los precios del petróleo que, por otra parte, no es sino la primera manifestación de los límites físicos al despilfarro de los recursos naturales; el deterioro de las relaciones Norte-Sur que tiene su razón en el crecimiento desigual, generador de una profunda brecha en los niveles de vida de una y otra zona; la imposibilidad de satisfacer las expectativas crecientes de bienestar de una sociedad embarcada desde hace años en tasas de crecimiento positivas. Según el autor, la búsqueda de nuevas fuentes energéticas y reestructurar el sistema productivo hacia modelos de menor densidad de consumo energético son medidas ineludibles para atacar esos problemas. Ante el desequilibrio internacional, los países desarrollados deberían reducir la protección al sector primario e industrias ligeras, aumentar su ayuda financiera y acelerar la transferencia tecnológica a los países desarrollados. Estas medidas implican enormes dificultades; por ello, el puente hacia el siglo veintiuno se presenta incierto y difícil.

DESDE nuestro punto de vista hay tres importantes elementos en la crisis actual desde la perspectiva internacional: la energía, el mal funcionamiento del orden económico internacional surgido tras la Segunda Guerra Mundial y las expectativas sociales. El orden en que se han enumerado no es casual y responde al peso específico que se le atribuye a cada uno de ellos. Es decir, la crisis es, ante todo, una crisis energética; es, en segundo lugar, una crisis de las relaciones norte-sur y, finalmente, debe ser vista como una quiebra de las actuales expectativas sociales.

rar la realidad. Con más del 50 % de la producción petrolífera del mundo occidental la OPEP continuará durante bastantes años dominando el mercado del petróleo, un mercado inestable, pero siempre un mercado de vendedores. Y ello por dos razones: porque no existe, a medio plazo, ninguna fuente alternativa de energía barata y porque la elasticidad —precio de la demanda de petróleo— es muy baja. La primera razón deriva de la falta de investigación sobre nuevas fuentes energéticas que corrió, durante muchos años, pareja a la creciente dependencia del petróleo pese a que, como ya se ha señalado, la densidad energética de los modelos de desarrollo crecía aceleradamente. En lo que atañe a la segunda de las razones es fácil detectar su raíz: dada la forma de desarrollo actual de la mayor parte de los países occidentales, la demanda de energía, y por lo tanto de petróleo, es muy rígida y una disminución apreciable de la misma no puede lograrse por la vía de los incrementos de precios, sino tan sólo contrayendo fuertemente la actividad productiva. Al fin y al cabo, la demanda de petróleo creció, en el área occidental, a una tasa media de 1,2 % durante el período 1974-78 —frente al 7,3 % medio del quinquenio anterior— como resultado, fundamentalmente, del lento crecimiento de las principales economías (2).

La tenaza detectada por la OPEP sobre el mundo industrializado occidental se mantendrá mientras subsistan esas dos razones y, muy en especial, la primera de ellas, puesto que es de suponer que, de lograrse modificar las formas de desarrollo en el sentido de reducir la

intensidad energética —lo que elevaría la elasticidad-precio de la demanda de petróleo— los países de la OPEP decidirían, en última instancia, reducir su producción para seguir aumentando los precios. No olvidemos, además, que los precios del petróleo equivalen a un impuesto que los países exportadores cobran a los consumidores del hidrocarburo y la tentación de elevar ese impuesto para resolver cualquier problema, económico o político, del área de la OPEP anidará continuamente en los gobernantes de esos países.

Por las consideraciones enumeradas estimamos, pues, que la crisis actual es, ante todo, una crisis energética, es el primer tropezón serio contra la muralla de las limitaciones físicas, el gran límite externo al proceso de desarrollo. Sin resolver el problema de las fuentes energéticas la crisis no se resolverá y cada empujón de los precios del petróleo seguirá produciendo, en los países consumidores del mismo, el haz de efectos que todos conocemos, inflación, depresión, aumento del paro y déficit exterior.

LA QUIEBRA DEL ORDEN ECONOMICO INTERNACIONAL

Terminada la Segunda Guerra Mundial las relaciones económicas internacionales se vieron regidas por el sistema de Bretton Woods —Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial de Reconstrucción y Desarrollo y Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio—,

que reflejaba, en muy buena medida, los deseos norteamericanos resumidos en un conocido trabajo de Jacob Viner (3). En suma, se instauraba un orden económico internacional de corte librecambista cuyo armazón teórico radicaba en los modelos neoclásicos y estáticos de costes comparativos: el libre comercio, al facilitar la división internacional del trabajo, beneficiaría a todos los países por igual. Y es evidente que ese orden económico internacional ha impulsado de forma acusada tanto el comercio como la producción mundiales: de 1948 a 1973 la exportación mundial se multiplicó por seis en términos reales y la producción mundial casi se cuadruplicó, demostrando así la eficacia del librecambio (4).

Ahora bien, además de esa gran expansión de la producción y el comercio, el librecambio provocó también, a nuestro entender, otro efecto suficientemente conocido: un distanciamiento creciente entre los niveles de vida de los distintos países: en 1976 el producto nacional bruto per cápita medio de los 19 países centrales (países desarrollados de economía de mercado) era cuarenta y una veces superior al de los treinta y cuatro países periféricos más pobres (países subdesarrollados de economía de mercado) y ocho veces mayor que el de los 58 países periféricos intermedios (5).

Sin entrar ahora en el debate teórico sobre las causas de esa creciente brecha —en cuyo fondo se encuentra la actual división internacional del trabajo, con sus efectos de retroalimentación sobre los dos sistemas— debemos señalar aquí sus dos

consecuencias fundamentales en el tejido económico mundial: la insistencia reivindicativa del grupo de países pobres y el debilitamiento de la demanda internacional de los países centrales.

Desde comienzos de la década de los sesenta los países periféricos no han dejado de señalar su disconformidad con el marco regulador de las relaciones económicas internacionales, por considerarlo lesivo de sus intereses; como resultado de esas continuas reivindicaciones nace, en 1964, la UNCTAD, una de cuyas finalidades radica en basar el comercio internacional no sobre la igualdad, como anticipara el sistema de Bretton Woods, sino sobre la preferencia y cuyos logros han sido, hasta el momento, parcos. Pero la crisis desencadenada en 1973 por los países exportadores de petróleo debe encuadrarse también en ese enfrentamiento norte-sur, puesto que el aumento velocísimo de los precios del petróleo tiene por objetivo modificar la relación de trueque neto del petróleo con respecto a los productos industriales importados por los países de la OPEP, relación que en 1974 mejoró en casi un 300 % con respecto a 1973 y que hasta abril de 1979, había experimentado sólo un empeoramiento del 5 % respecto al nivel de 1974 (6). La presión de la OPEP está, pues, muy directamente relacionada con el deseo de eliminar los efectos nocivos del sistema prevaleciente de librecambio, manteniendo inalterada la relación real de intercambio mencionada.

No puede olvidarse que, precisamente como resultado de la

especialización internacional, la intercomunicación de las economías occidentales es hoy muy elevada, dado que el comercio viene a representar un 30 % aproximado del producto bruto de las mismas; cualquier debilitamiento de la demanda externa de los principales países produce una contracción generalizada a través de los multiplicadores externos y supone, por lo tanto, un freno para el crecimiento tanto del centro como de la periferia. La concentración de la renta mundial en el grupo de países centrales ha generado continuos cuellos de botella en el sector externo del grupo de países periféricos —excluidos los exportadores de petróleo—, lo que les ha llevado a un progresivo endeudamiento exterior: en el año en curso se estima que la deuda exterior de los 20 países en desarrollo más importantes no miembros de la OPEP (entre los que destacan los grandes países de América Latina) superará los 200.000 millones de dólares, casi el 25 % de su producto nacional bruto agregado (7). Ese endeudamiento cobra aún mayor realce cuando lo contrastamos con otro dato que necesariamente ha de tenerse en cuenta: que en los principales países OCDE la tasa de utilización de la capacidad en la industria manufacturera se sitúa, en el período 1974-78, por lo menos 5 puntos porcentuales por debajo de la del período 1964-73 (8). Es decir, y pese al creciente endeudamiento del grupo de países subdesarrollados no exportadores de petróleo, la demanda externa de los países OCDE disminuye —ésta debe ser la correcta interpretación del aumento de capacidad subutili-

zada, si bien hay que tener en cuenta el problema de transferencia del petróleo (9)— y, por lo tanto, el conjunto mundial va experimentando progresivamente una deflación. De ahí que el orden económico prevaleciente, al ahondar la brecha entre ricos y pobres, constituya el segundo gran obstáculo para la superación de la crisis.

LAS EXPECTATIVAS SOCIALES

Las economías occidentales desarrolladas apoyaron su crecimiento, desde el final del conflicto mundial, en una expansión incesante de su demanda global que requería no solamente incrementos continuos de la renta real de capas de población cada vez más amplias, sino una modificación de las pautas de consumo; sin este último factor el crecimiento hubiese sido considerablemente menor. Era preciso, pues, inyectar en la sociedad la creencia de que el bienestar —medido en términos de adquisición personal de bienes de consumo— podía elevarse continuamente y alcanzar a estratos sociales cada vez más amplios; y era preciso también señalar, sin lugar a dudas, que el único bienestar era precisamente el derivado de esa abundancia de bienes de consumo ya que la búsqueda de otros caminos de realización individual y social hubiera tenido un mucho menor impacto en la demanda agregada. Esa creencia no quedó limitada a la órbita de los países desarrollados de economía de mercado; se transmitió al mundo en general en grados distintos, en primer lugar, porque las comunicaciones mo-

dernas permiten esa transculturación y, en segundo lugar, porque la presencia acrecentada del mundo central en el periférico —a través, sobre todo, de las empresas multinacionales— producía un fenómeno de ósmosis en las pautas de consumo deseado. Pero, además de ello, la sociedad occidental moderna llegó a creer no solamente que toda la creciente panoplia de bienes de consumo estaba al alcance de su mano, sino que podía conseguirse con un esfuerzo decreciente: tras el débil incremento de la productividad que se observa en los últimos años en los países OCDE, y al que el último informe global de la propia organización se refiere (10), hay algo más que razones coyunturales —evolución de la demanda y, por lo tanto, del empleo hacia sectores de menor productividad—, hay un desinterés social que emana, precisamente, de esa creencia.

Esas expectativas crecientes, injertadas en las sociedades modernas, hacen que los diferentes grupos sociales se resistan a aceptar, en el plano nacional, los ajustes que la crisis hace necesarios, lo que eleva notablemente el nivel de conflictividad social y, en consecuencia, reduce la eficacia de cualquier política económica —nadie está dispuesto a aceptar las «expectativas decrecientes» a las que, antes de su salida del gabinete norteamericano, se refiriera Schlesinger— haciendo más ardua la tarea de encontrar soluciones parciales a la actual crisis; pero, por otro lado, y desde el ángulo de las relaciones internacionales, estimula no solamente la aparición de los nacionalismos económicos —es decir, de las co-

rrientes proteccionistas, por mucho que éstas demostraran, en el período 1929-39, su ineficacia—, sino asimismo el enfrentamiento Norte-Sur dado que los países periféricos (y permítasenos, en este caso, igualar Sur y la periferia, lo que no es totalmente exacto) no están dispuestos a aceptar tampoco una reducción de sus expectativas y, por lo tanto, presionan y presionarán para lograr atribuirse una parte creciente del producto mundial. Las sociedades modernas occidentales se asemejan bastante a los pasajeros de un buque zarandeado por una fortísima y duradera galerna, y por lo tanto incomodísimo, a los que constantemente la oficialidad les asegurara que se trataba de una leve perturbación pasajera; atravesar la tormenta les resultaría mucho más doloroso de lo necesario, precisamente porque psicológicamente no estarían preparados para el trance. Y no nos engañemos, a nuestras sociedades no se les está diciendo que el mito de la sociedad de consumo de masas es inalcanzable; se les indica que hay una crisis, pero se les estimula, a través de todos los medios de comunicación social, a perseguir idénticos objetivos en términos de consumo. Y la evolución económica de los próximos años, desde el ángulo internacional, resultará mucho menos manejable si, progresivamente, no se modifican las expectativas hasta ahora vigentes.

EL PUENTE HACIA EL FUTURO

Creemos haber resumido tres factores clave de la situación

actual; sin encontrar solución a los mismos no será posible, a nuestro entender, superar la crisis.

El problema energético requiere dos líneas de acción: reducción del consumo y búsqueda acelerada de nuevas fuentes de energía.

Es preciso reducir el consumo de energía para evitar, en la medida de lo posible, alzas continuadas del precio del petróleo; decimos en la medida de lo posible porque, como ya se ha señalado, el mercado del petróleo es un mercado de vendedores, lo será durante bastantes años y no es lógico pensar que una reducción del consumo vaya a frenar la escalada de los precios —siempre será posible reducir la producción—, pero sí es pensable que un menor consumo atempere esa escalada. Algo se ha conseguido hasta el momento en ese campo, dado que, en la OCDE la elasticidad del consumo de energía con relación al PIB/PNB ha pasado de 0,98 en el período 1960-73 a 0,76 en el período 1976/78, aunque los datos deben ser interpretados con gran prudencia, puesto que buena parte de esa reducción de elasticidad deriva de la depresión registrada en los sectores de elevada intensidad energética, como el químico, el siderúrgico y el de materiales de construcción (11). Y por otro lado, reducir el consumo de energía, buscando modelos de desarrollo de menor densidad energética, debe producir otro efecto deseable, además de atemperar la escalada de los precios del petróleo: debe estimular la inversión en sectores de baja densidad energética y, consecuentemente, reconducir las expecta-

tivas empresariales hacia actividades productivas menos dependientes del consumo de energía.

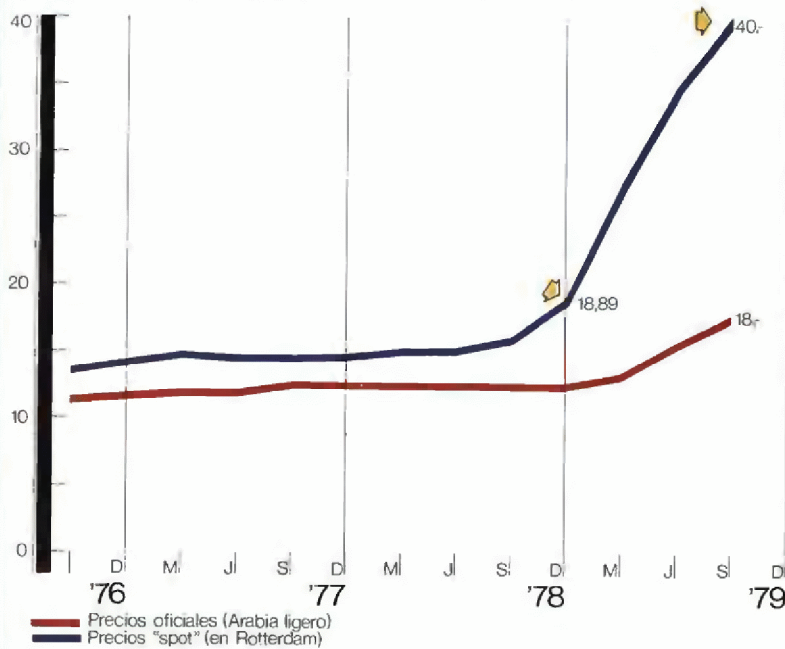
Pero, ante todo, hay que acelerar la investigación de nuevas fuentes de energía, campo en el que los expertos se muestran, por el momento, pesimistas; nos referimos, naturalmente, a las fuentes de energía no tradicionales. Sin embargo, nos resistimos a creer que el nivel científico alcanzado por los principales países, unido a la decisión de invertir sumas mucho más cuantiosas que las actuales —el eslabón que falta—, no puedan provocar los descubrimientos técnicos necesarios para superar la barrera energética. Insistimos en que la superación de la crisis actual sólo será posible cuando se disponga de una amplia gama de energías que puedan sustituir al petróleo y que permitan eliminar la elevada dependencia que hoy liga la base energética a este hidrocarburo.

Hablar de la necesidad de instaurar un nuevo orden económico internacional, que evite el distanciamiento creciente entre países ricos y pobres, es una cosa; concretar la sustancia de ese nuevo orden, otra muy distinta. «Se aprecia claramente la crisis del viejo orden, pero es muy borrosa la configuración del nuevo» dice, con acierto, la ONUDI (12).

Creemos, de todas formas, que el nuevo orden debería prescindir de dos propuestas defendidas arduamente por el tercer mundo en la IV y V Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo: la indicación de los precios de las materias primas y el Fondo Común. La primera de

La escalada de los precios oficiales de los crudos es irremediable, pero con ser grave existen otras amenazas para los países importadores. La política a medio y largo plazo de la OPEP es conservar sus reservas lo cual supone no adecuar su oferta a la demanda internacional creando expectativas de desabastecimiento. Por su causa los países importadores se ven obligados a acudir al mercado spot que cubre áreas progresivamente mayores del comercio de crudos y con precios hasta un 50 % superiores a los oficiales, además algunos exportadores exigen precios extra «primas de entrada» para cerrar contratos a largo plazo y precios oficiales.

EVOLUCION DEL PRECIO DE LOS CRUDOS (DOLARES POR BARRIL)



Fuente: Revista mensual de Petróleo, noviembre 1979.

las medidas, que figura en el Programa Integrado de Productos Básicos, implica ligar las cotizaciones internacionales de las materias primas exportadas por el mundo en desarrollo a la evolución de los precios de la oferta exportable del mundo industrializado. Independientemente de lo que la medida supone, en términos de burocratización del comercio internacional —de ruptura con el mercado— sus efectos más claros

serían, a nuestro entender, la aceleración de las tensiones inflacionistas, a escala mundial, y el perjuicio que sufrirían los exportadores de productos con demanda internacional más elástica respecto del precio. En las actuales condiciones, los precios indicados de las materias primas exportadas por la periferia impulsarían la inflación de costes central y, por lo tanto, los precios de exportación de este grupo de países, lo

que daría lugar a nuevos aumentos de las cotizaciones de las materias primas y, una vez más, a que se reprodujera el fenómeno descrito; por otro lado, los países exportadores de materias primas de demanda internacional más elástica —o, dicho de otra manera, con mayor grado de sustituibilidad— verían, a la larga, su demanda reducida y resultarían claramente perjudicados por el proceso. Aunque están muy adelantadas las negociaciones sobre el Fondo Común de Materias Primas, y pese al espaldarazo teórico que supone la defensa hecha por Keynes del mecanismo (13), creemos que ese Fondo Común, de llevarse a la práctica, entorpecería el juego del mercado, resultaría sumamente costoso y, de nuevo, desplazaría a los productos con mayor elasticidad —precio de demanda. Entorpecería el juego del mercado porque también generaría una muy elevada burocratización de los mercados internacionales de materias primas; resultaría muy costoso porque debería extenderse a, por lo menos, 18 materias primas de intenso tráfico internacional, razón por la cual pensamos que los 400 millones de dólares de contribuciones gubernamentales directas previstas para la primera ventanilla serán claramente insuficientes, sin que se pueda estimar anticipadamente el volumen de recursos necesarios para hacer viable la ventanilla segunda; las reservas internacionales de estabilización pueden también, a la larga, acelerar la puesta a punto de sustitutivos, con grave perjuicio para las economías de toda una serie de países subdesarrollados.

Sin pretender enumerar aquí

todo el conjunto de medidas que, bajo el prisma de la interdependencia global, podrían reformar, de forma adecuada, el orden prevaleciente, cabe apuntar tres líneas de acción que estimamos importantes: reducir decididamente la protección que el mundo desarrollado dispensa a su sector primario y a su industria ligera, aumentar la ayuda financiera y acelerar la transferencia de tecnología.

Pese a todas las declaraciones hechas por el mundo desarrollado, y al sentido último del sistema de Bretton Woods, los países centrales siguen protegiendo fuertemente su sector primario —la Comunidad Económica Europea y la política agrícola común son un ejemplo claro de esta afirmación— y todo un conjunto de actividades industriales que estrechan el mercado internacional de los países periféricos. Reducir esa protección impulsaría la exportación de estos países y robustecería su sector exterior.

El incremento de la ayuda financiera puede plasmarse en tres tipos de medidas: aumento y desvinculación de los flujos financieros de ayuda, mejora de la financiación compensatoria y asignación de un mayor volumen de derechos especiales de giro al grupo de países subdesarrollados con graves problemas estructurales de balanza de pagos. El volumen de recursos financieros de ayuda al mundo subdesarrollado (la ayuda oficial al desarrollo) debe crecer hasta alcanzar, por lo menos, el 0,7 % del producto bruto de los países centrales y efectuarse en términos concesionales; más aún, deben eliminarse todo tipo de vinculaciones, lo que implica hacer el máximo uso posible de

los organismos internacionales existentes. La financiación compensatoria, destinada a estabilizar los ingresos de exportación de los países productores de materias primas, opera bajo dos sistemas: el del Fondo Monetario Internacional y el Stabex de la Comunidad Económica Europea. Ambas están sujetas a excesivo número de condiciones, que habría que procurar reducir, y su esquema de financiación es limitado, tanto en lo que se refiere a la disponibilidad de recursos financieros como a las condiciones de los préstamos; mejorar esos sistemas, en el sentido general de ampliarlos y liberalizarlos, constituía otro canal de ayuda muy estimable para el mundo subdesarrollado. Desde hace tiempo se viene discutiendo, en el seno del Fondo Monetario Internacional, el tema de vincular la creación de nuevos derechos especiales de giro a las necesidades financieras del Tercer Mundo. Con ciertas matizaciones —habría que contemplar preferentemente a los países con menor nivel de desarrollo y mayores problemas de balanza de pagos— entendemos que ésta podría ser otra forma de potenciar la ayuda financiera bajo el sistema de distribución directa.

La brecha tecnológica entre países industrializados y países subdesarrollados es, en estos momentos, amplísima: en 1973 los primeros contaban con el 87,4 % de los investigadores del mundo y los segundos tan sólo con el 12,6 %; para el mismo año el gasto corriente en investigación de los primeros suponía el 97,1 % del total mundial frente al 2,9 % de los países subdesarrollados (14). Esa diferencia tecnológica, que tiende a

agravarse de forma exponencial, ha hecho decir a Singer y Ansari que «la visión económica del mundo entre países desarrollados y subdesarrollados viene fundamentalmente determinada por el avance técnico de los primeros frente al atraso tecnológico de los segundos» (15). No es nada sencillo colmar esa brecha, como puede advertirse por los escasos resultados obtenidos en la Conferencia de las Naciones Unidas para la Ciencia y la Técnica al Servicio del Desarrollo, que acaba de clausurarse en Viena. Los adelantos técnicos no son sólo un problema de inversión; requieren un clima que no se improvisa y una capacidad de difusión que presupone la existencia de determinadas condiciones generalmente ausentes de los países subdesarrollados. Sin embargo la transferencia tecnológica es, a nuestro entender, otra de las claves del nuevo orden económico internacional. Es preciso que los países desarrollados financien parte de esa transferencia en forma de apoyo a la investigación y que el mercado mundial de la Ciencia y de la Técnica cobre una mucho mayor transparencia de la que hoy tiene; es preciso, además, que gran parte de la investigación tecnológica en los países subdesarrollados apunte a la solución de los problemas de estos países y tenga en cuenta, por lo tanto, la dotación factorial de los mismos.

Y finalmente, no puede descuidarse, en el ámbito internacional, el componente psicológico. El período que resta del siglo XX va a diferenciarse del mundo postbélico (1950-70) de crecimientos elevados; va a ser, muy probablemente, una época de lento crecimiento de la ma-

yoría de los países que además soportarán una presión demográfica muy superior a la del período descrito. No puede, por lo tanto, mantenerse una escala de valores que se aleja cada vez más de las opciones reales. Hay que hacer comprender a nuestras sociedades que ya se ha firmado el acta de defunción de la era del consumo masivo y que es preciso acostumbrarse a formas de vida distintas y mucho más apoyadas en la solidaridad; hay que transmitir a grandes capas de población que nos adentramos en un área de escasez, muy especialmente de escasez energética, y que el cuidado de la plataforma física del mundo y las formas de vida que giran alrededor de la acción colectiva están mucho más de acuerdo con el presente y el futuro; hay que poner de manifiesto, ante la sociedad internacional, que el mundo se ha empequeñecido extraordinariamente y que no hay desarrollos separados: el futuro pertenece a la comunidad internacional en su conjunto y la calidad de las sociedades del siglo XX dependerá, en grado sumo, de la aprehensión actual de esa proposición.

Como se ve, las medidas preconizadas, a nivel muy general por supuesto, implican enormes dificultades. Hay que lograr un grado de cooperación internacional hasta ahora inexistente, eliminar el derroche de recursos en una serie de actividades no productivas, modificar pautas de comportamiento... Las preguntas obvias son: ¿Cómo va a conseguirse todo ello en un mundo bipolar, armado hasta los dientes, con enorme tendencia a la fragmentación y en el que el rasgo dominante es todavía la confrontación Este-

Oeste? ¿Cómo pueden reconvertirse economías sostenidas por una demanda no seleccionada —nadie se ha preocupado hasta ahora en saber qué hay detrás del nivel de empleo, para qué sirve lo que se produce— en economías atentas a un conjunto de necesidades sociales de mucha menor rentabilidad privada inmediata? La posibilidad existe, no de una solución rápida, por supuesto, pero sí de un cambio de actitud de los países centrales —necesariamente los conductores del cambio— que modifique el actual callejón sin salida y altere el rumbo de colisión entre el Norte y el Sur económicos. Dice un proverbio africano: el pez cogido en la red comienza a reflexionar. El mundo en su totalidad, en su unicidad, está atrapado en la misma red y si no comienza a reflexionar seriamente, si no es capaz de desactivar la creciente tensión actual, no habrá, dentro de algunos años, problemas Este-Oeste o Norte-Sur porque el planeta azul no será ya del hombre, sino muy probablemente de la más resistente y numerosa de las especies animales, la única que habrá podido sobrevivir a la guerra termonuclear: será de los insectos.

NOTAS

(1) *Perspectives Economiques de l'OCDE*, julio 1979, pág. 74.

(2) Datos de *Implications of the new oil situation*, de R. de VRIES (Morgan Guaranty Trust Company, mayo 1979) pág. 2.

(3) *The Bretton Woods Agreements, International Economics*. (The Free Press, Illinois 1951).

(4) Datos de *Liberalización del comercio, proteccionismo e interdependencia* de BLACKHURST, MARIAN y TUMLIR (GATT, Ginebra 1977).

(5) *World Development Report*, 1978. (Banco Mundial, agosto 1978) págs. 76 y 77.

(6) *Implications of the new oil situation* de R. de VRIES. pág. 3.

(7) *Ibidem*. pág. 8.

(8) *Perspectives Economiques de l'OCDE*. julio, pág. 29.

(9) Obsérvese que las exportaciones mundiales, en términos físicos, aumen-

tan un 189 % en el periodo 1963-71, pero sólo un 42,8 % en el periodo 1971-77 y el incremento es todavía menor en el lapso 1973-77: un 16,8 % (*El Comercio Internacional en 1977/78*. GATT. Ginebra 1978) pág. 2.

(10) *Perspectives Economiques de l'OCDE*, pág. 34 y ss.

(11) *Ibidem*, pág. 71.

(12) *Industrialisation for the year 2.000: new dimensions* (UNIDO/IOD. 268, 28 de mayo 1979), pág. 1.

(13) Véase *El control internacional de las materias primas* de J. M. KEYNES en *El Programa Integrado de Productos Básicos y la economía española: el Fondo Común de materias primas a las puertas de la V UNCTAD*, de María PÉREZ RIBES (Ministerio de Comercio, Serie: comercio exterior. 1979).

(14) Informe citado de la ONUDI: págs. 148 y 149.

(15) SINGER y ANSARI, *Rich and Poor Countries* (George Allen and Unwin. Londres 1977), pág. 201.